

Moral de la Codicia y la Farsa

I

TRES son para Epicuro los bienes de la vida: «lo que se es, lo que se tiene y lo que se representa». Examinemos a los hombres de hoy con el criterio del moralista griego. Hagamos desfilar sobre los asfodelos del jardín filosófico el enjambre de abigarradas sombras contemporáneas. Quizás obtendremos enseñanzas sutiles de mucho provecho, que guardaremos, sin olvidarlas ya, para esparcimiento y salud del alma.

La humanidad contemporánea estima, sobre todo linaje de bienes, la riqueza. Hoy es más deseado «lo que se tiene», como dice Epicuro, que el amor, la belleza o el talento. ¿Será necio poner la fortuna sobre los demás valores de la vida?... Truécase el oro instantánea, mágicamente, en el bien apetecido. Es un «satisfactor proteico».

Lo estúpido está, no en estimar cosa tan deseable; sino en pensar que puede substituir a lo que por su medio se adquiere. Esto es, el deseo individual de poseer oro se justifica por su universalidad entre las gentes; mas lo absurdo estriba en pensar que la riqueza en sí es *mejor* que el talento, la belleza o la salud.

Hoy los hombres estiman, no obstante, sobre lo que se es lo que se tiene. Olvídense de la fortaleza, el entendimiento y la hermosura por rendir parias a los doblones codiciados. El oro será siempre—, o a sí misma se niega la humanidad—, un medio no más de lograr la dicha. La salud, la virtud—, sin gazmoñería, como dice Nietzsche—, y el talento, son la dicha misma.

Como se sitúa el procedimiento para ser feliz, el medio, la técnica, un grado más alto que los fines de la voluntad, el propósito de enriquecerse erígese en ley universal de la vida. Por ello, cabalmente, nuestra civilización parece algo precario y contradictorio. Durará poco. Unos cuantos siglos apenas. Se destruirá a sí misma la cultura claudicante que hizo de la máquina un infalible recurso de universal desdicha y ramplonería. Codicia y avaricia son sus dos pecados mortales; las dos caras del Jano Cartaginés dorado a sangre y fuego con la maldad y la obcecación de todos.

Los proletarios, desposeídos, codician; esto es, apetecen desordenadamente, sobre todos los bienes, *el tener*. Los poderosos también codician. Como tienen, quieren más. Todos quieren más. Los pobres, porque tienen poco, que casi es nada, y los ricos porque tienen mucho que casi es todo.

Infimos y supremos; individuos, pueblos y razas, quieren más. La voluntad de tener es el satanismo contemporáneo. La humanidad entera quiere más. Este es su solo imperativo categórico; su única ambición; su realidad y su ideal, su medio y su fin. Parece nuestra estirpe un monstruoso Leviatán que con una de sus manos arrebatada sin cesar a la otra lo que guarda; pero antes le hinca las uñas y sangra o hace sangrar.

De aquí que el *problema social*, como por antonomasia se le llama, sea sobre todo una cuestión de moralidad epicúrea, de filosófico contentamiento, de frugalidad, si así conviene declararlo, de *buena voluntad*, para decirlo todo de una vez.

La codicia moderna ha invertido la Tabla de Valores de la vida. Pretende mantener, como dice un sociólogo, en peligroso equilibrio inestable, la pirámide social por la punta. Sólo la vorágine colectiva sostiene al sólido hipotético en su milagrosa posición estrafalaria. Sólo la tensión espiritual de los avaros y los codiciosos, en sempiterna pugna, puede, como el movimiento que comunica la cuerda al trompo, alimentar la contradictoria vida nuestra en su crisis inveterada.

¿Volverá alguna vez, el hombre, como la razón lo impone, a estimar el fin sobre los medios y el goce de los bienes intrínsecos, corporales y espirituales, sobre los extrínsecos? ¿Se sabrá en algún tiempo que no todo lo otorga la riqueza y que su posesión tan deseada concuerda a veces con la mayor miseria íntima? Acaso llegue a saberse; pero desde luego compruébese que la búsqueda constante del oro por esta humanidad gambusina del siglo vigésimo, la enerva y precipita hacia cierta catástrofe inevitable, que se anunció con la Guerra de las Naciones y cuyo término se barrunta en el malestar económico que nos sofoca y envilece a todos.

II

Otro absurdo mayor anotará el costumbrista contemporáneo; el *metafísico de las costumbres*, como diría Kant. Hay quienes prefieren a la riqueza—que al cabo es un bien apetecible e incuestionable,— la honra, la gloria, la reputación en el ánimo de las gentes, o, para decirlo en francés con un solo vocablo: quieren *paraitre*.

Hoy se educa para *paraitre*; se piensa para *paraitre*; se es filántropo o misántropo, poeta, embajador o apóstol *pour paraitre*; se nace o muere...., *pour paraitre*.... Tan miserablemente sociales hemos llegado a ser que nos hemos escapado de nosotros mismos y, en esta fuga vergonzosa de la propia conciencia, trocamos nuestra personal sustancia por la existencia representativa que nos depara el prójimo, siempre perverso para comentar nuestra desventura y procaz de ordinario si quilata nuestra fama.

III

Concluyamos. Nuestra civilización es algo tan deplorablemente recíproco, exterior y común, que casi resulta imposible volver a uno mismo para hallar en lo personal y directo el bien supremo. A pesar de todo, a uno mismo hay que volver. Sólo *directamente* es posible la dicha, como cantó Horacio, el noble poeta epicúreo, y repitió Fray Luis:

«Vivir quiero conmigo,
gozar quiero del bien que debo al cielo
a solas, sin testigo,
libre de amor, de celo,
de odio, de esperanzas, de recelo».

Por mi parte declaro que deliberadamente reniego del fragmento de felicidad colectiva que me reservare mi fortuna, si no más ha de ser el lote miserable que representa la parte alícuota del bien deseado e impuesto a todos por los codiciosos y los farsantes juntos.

ANTONIO CASO

(Revista de Revistas, México, D. F.)

Dietario en Zig-Zag

Gabriela Mistral

MUJER: no mujer hecha canto ni mujer que canta. Mujer que se abre, que se da, balbuceando con palabra de ilusión su sexo, su secreto, su alma.

¿Cómo decirte, Gabriela Mistral? ¿Cómo decir tu libro que eres tú; tu verso, que eres tú; tu poesía que muere cuando tú faltas?

Hasta al encontrarte, serías agua arremansada en un interno cuenco de peña. La foradaste con tu dolor y el vertido caudal alimentó el ancho regato de tu poesía: sangre, deseos, sollozos, carne. Caía el agua de dentro, preñada de oscuridad y sintiendo el puñal de la luz. Cada chorro una palabra, palabra mezclada: expresión justa y balbuceo; claridad y sombra;